

I

El sexo, como pretexto válido para romper con la monotonía; el sexo-motor; el sexo-ansiedad; la costumbre del sexo, como un hartazgo cualquiera que se volverá lastre; el sexo colosal, incontenible, frenético, ambiguo como un juego que confunde y luego aclara y vuelve a confundir; el sexo-simulacro, el sexo-obviedad. El placer, al fin, como un encomio que vaya justo en sentido inverso a lo que se vive. Conjeturas trucas durante una caminata, bajo una tarde descolorida. Cuadras de calles en declive y en ascenso. Dificultades al paso, y también en la mente. El sujeto era un tal Demetrio Sordo, flaco y alto, casi a punto de cumplir treinta años, afecto a las cosas del campo, donde residía a medias su felicidad laboral, pero su solaz: ¿cuáles emociones? La cotidianeidad nocturna del juego de dominó en una cantina de mala muerte, o los paseos, pocos, sin chiste, de apenas tres kilómetros, o menos; o cafecadas vespertinas, siempre solitarias y sin para qué; o la escritura de cartas dirigidas a antes conocidos pero ya fantasmales. Y así la hartura y ¿qué hacer?: pensar presintiendo certezas y dudas: cuántos descartes y cuántos reacomodos, mismos que, sin exprimirse mucho el seso, justo durante aquella

tarde nublada, le ayudaron a hallar la chispa que le hacía falta. Fue el sexo la elección más fácil, aunque el reto consistía en practicarlo cada veinticuatro horas. ¡Ojalá! Sí, sería todo un desembolso que valdría la pena. De modo que esa misma noche el agrónomo fue a un burdel. Fue titubeante. Sus pasos cortos lo evidenciaban. Tras descender del taxi caminó como si pisara huevos o se astillara las plantas de los pies con vidrios rotos. Estaba casi en el centro de una zona roja no paradisiaca y tampoco, para colmo, siquiera luminosa a medias. Era la segunda vez que iba a un infierno similar y por tal vicisitud no sabía hacia dónde jalarse. Avistando en derredor, lo primero que vio al aire libre fue una hilera de mujeres lodongas sentadas en mecedoras de guayaco, cada cual frente a la puerta abierta de su cuartucho mezquino. Fregado espectáculo a todo lo largo de una acera por la que él empezó a desplazarse. A poco sus pasos cortos se convirtieron en zancadas. Prisa entendible porque deseaba hallar un burdel clitista. Para ello tuvo que preguntar a un transeúnte. La cosa fue que al ser informado entró en sintonía. Aquel de allá o el otro de más allá. Ésos son los más caros. Luego un parloteo relativo a las mujerzotas por ver (había de todos tipos), sólo que Demetrio no quiso oír más descripciones, antes bien aceleró sus pasos sin dar las gracias: y, ¡pues sí!, un burdel se llamaba La Entretenida y el otro Presunción, dos casonas amarillas cual plastas cuadretes dándole algo de lustre al crepúsculo: y ¿a cuál entrar para quedarse? Duda risueña algo prolongada. Optó por Presunción... Pago anticipado allí, como si se tratara de un museo, una exageración: descarga billetesa hecha a regañadientes. A cambio la alegría inmediata apuntalándose en la semioscuridad, porque ahora sí debió ser un impacto lo observado muy a voleo, como era la amplitud de una sala sugestiva en matiz naranja, donde es-

taban dispuestos muchísimos sillones. No había pista de baile, pero sí música ambiental: ranchera, muy ruidosa, y sólo eso.

¿Muy de lujo el panorama lúgubre? Mirón, el recién llegado siguió mirando tras sentarse. La invitación: gran amabilidad: un hombre regordete le señalaba el asiento: dulzura de ademán reiterado. Muy al canto ese mismo le preguntó: ¿Qué le sirvo?, y el aún cliente en potencia dijo: *Espere, espere*. Naciente timidez mezclada con ardor: Demetrio y su búsqueda entre tanta belleza en penumbras: tanto aplaste ¿excitante? Lo bueno fue que pronto hubo un distinguo: notó a una morena grandullona de buenas carnes, una vulgaridad excéntrica que sonreía como nadie. Ella, sabiéndose elegida, se arrellanó de tal modo en su sillón que dejó ver para el mirón sus deliciosas piernas en largo, adrede. Treta efectiva, porque Demetrio la llamó y aquélla, solícita, salerosa, ¡venga!: llegó despacio: su pelambre rizado se movía con vaivén de más. Ella parecía deambular por una pasarela. Entonces, sin más, ¡a sentarse!, ¡a platicar pequeñas cosas! Cargante indicio del cual hubo de sobrevenir un discreto agarre (algo jugueteón) de manos. Suavidades por cuanto emociones a punto. Preludios del gozo, por decir: dos, sí, buscando la vivaz conexión, acaso más allá de lo mercantil sexual, que devino en un descarado mirón de ida y vuelta, que si retador, que si invitador; a esto hay que añadir las someras delicias a media luz porque llegó la mudez para dar paso al juego de facciones, de ambos el morbo como acoplamiento: el casi besarse, pero, ¡zas!, la impertinencia del mesero, a lo que: *¡Sáquesel, quiero sexo, no tragos*. Y Demetrio viendo a la morena le dijo: *Órale, tú, vamos de una vez a la cama*. ¿Qué brusco! Es que andaba de verdad apurado. A lo que sin más, ni modo, para adentro, casi a las carreras. Por ende, resumamos lo del encierro —estaba

lloviendo, por lo que fue menester guarecerse cuanto antes: apuro de desnudeces y apuro de ensarte, más lo faltante, esto es, los besos largos con lengüeteo muy móvil, como que al compás de la cadencia de ambos allá abajo; arriba, entonces, transportes de saliva o simples embarramientos de continuo. Pero ojalá no más combinaciones de posturas para no desconcentrarse. Lo que no ocurrió: y la iniciativa en vilo, más de ella... De ella su afán, su extra, su gusto en correntía que adicionaba mimos casi sentimentales, amén de movimientos de cadera mucho más rítmicos como para que el macho agrandara sus ojos y alzara más sus cejas, al tope aquello ¡ya!, al grado de que Demetrio explotó con una exclamación a todo tren: *¡Dale... mi amor... así...! Nunca pensé que tú...* Etcétera. Y el río de esperma de inmediato, con sentida correspondencia de orgasmo sin par. Satisfacciones. Luego el vestirse tan mal, por la prisa, nada de peinarse a gusto ante un espejo, ni ella ni él, cual debe, lo que sí que el agrónomo le prometió a la cachonda una segunda visita al día siguiente, y el pago: lo mero bueno, aunque no a la morena sino a la matrona: una chaparra con cintura ecuatorial que se hallaba retacada en un cuarto lujosísimo junto a la enorme sala. Hasta allí entrar. Infiernito. Riesgo. Adentro, huy, olores pretenciosos. Relucía el morado de los sillones donde como patriarcas aclocados dos policías platicaban. Interrupción: y; es tanto. Pago. Dínical. Uno de los ojos de la matrona tenía una nube. Por ende: ¿qué decir de ese mirar misterioso, indefinido? Lo que debe añadirse es que no hubo mínimas sonrisas de ninguno de éstos, y ella con sus ojos moviéndose como limpiadores de parabrisas... La matrona le dio el cambio a Demetrio. Adiós. Media vuelta y... Veamos: no había motivo para que ése casi corriera, aun cuando, de todos modos, tuviese la impresión de salir de un mundo en llamas.

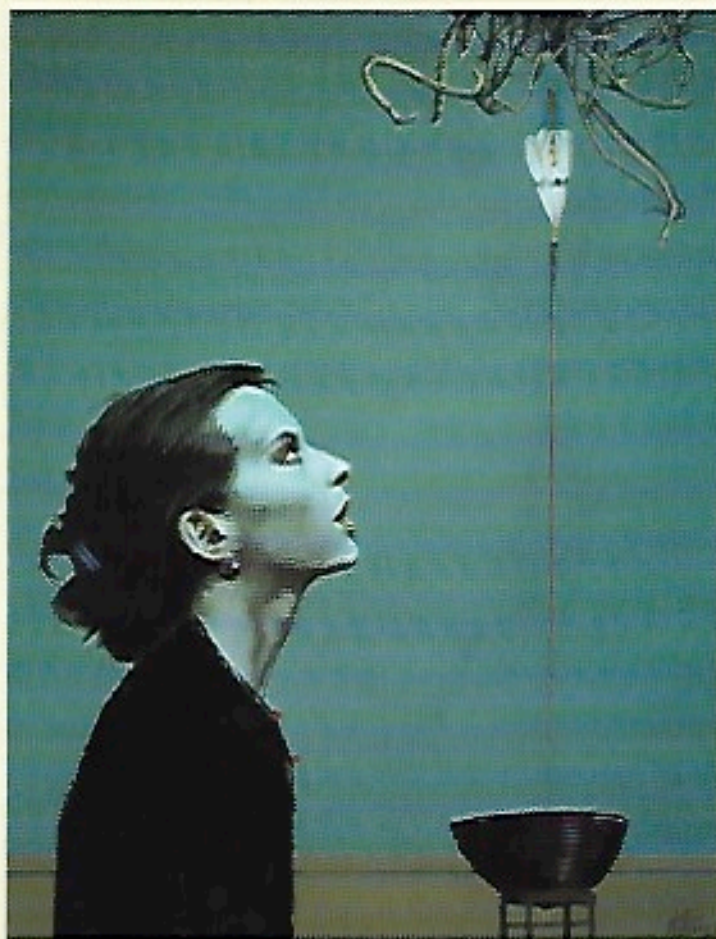
Lo anterior queda como un vasto encuadre. Pareciera todo un pinturreo morboso, con coágulos de óleo apelmazados a propósito. Lo que sigue es una adivinanza: ¿en qué época estamos? La respuesta es 1945, año del estallido de la bomba atómica y fin de la Segunda Guerra Mundial. Modernidades. Pero estamos al otro lado del mundo, en Oaxaca, centro cultural universal, superior (digamos) a Tokio. Pero, más bien, estamos con Demetrio Sordo, el agrónomo sexual, que un día de tantos se puso a hacer cuentas. Es que llevaba más de una semana de visitar el burdel Presunción. Excepto un lunes, el resto de los días había hecho el amor con la morena grandullona. Tal portento: Mireya se llamaba, nombre en el aire porque en el burdel le decían Bambi. A saber por qué el mote, la fulana no era delicada como la caricatura en mención. Todo lo contrario. Le hubieran puesto, por ejemplo, Diosa Kali, por exuberante, o Diosa Isis, o por ahí, o sepa, pero ¿Bambi? Para evitar incurrir en una obsesión superflua, centrémonos en lo de las cuentas. Demetrio empezó a vaciar números en un cuadernillo a rayas. Su pluma atómica se deslizaba con torpeza. Nervios. En trece días un total de ciento cuatro pesos, desde luego bien invertidos; de cinco en cinco el placer, más los tantos precios de entrada, de tres en tres, cosa inigualable para un obseso. Los lunes Mireya descansaba. La advertencia a tiempo sirvió para que Demetrio tuviera a otra entre sus brazos, nada más —ni modo— ese lunes siguiente. La novedad fue una flaca estilizada muy desabrida... Luego: calcular la suma de su sueldo menos sus gastos de cajón. La insólita añadidura. El placer en cueros. Lo compartido cada vez más en firme. Lo tremendo en vías de transformación diaria: oh amorío, oh siluetismo. Y volviendo a los números, poco más de doscientos pesos eso. Y los otros gastos. También restar lo de los lunes. No que-

rría un reemplazo sexual. Se lo impuso: ningún experimento. Sería tristísimo, como sucedió con esa huesuda de cara bonita. Además, él debía descansar, era necesario. Así que lo haría, seguro: la abstinencia como relajamiento: una vez por semana: ¡sí!, para no reventar. Ahora viene lo ilustrativo en cuanto al trabajo de Demetrio: su jornada laboral abarcaba de las siete de la mañana a las cinco de la tarde, a veces hasta las seis y rara vez hasta las siete. Al terminar con su deber se encaminaba directo hacia la casa de huéspedes de doña Rolanda, una señora caduca y ultraconservadora. En ese lugar él arrendaba la habitación más espaciosa. Y el ir habitual: su regreso, su hastío con gotas de beneplácito. Bueno, hasta hacía justo diez días tal automatismo, ¡claro!, entre semana, siendo que sábado y domingo ocurría lo que podía llamarse «encierro conceptual», loco, o también pascasio, en su cuarto rentado, mismo que tenía un aparato de radio: encenderlo para abandonarse oyendo música romántica y noticias tontas: cuánta de horas en franca inopia. Todo eso que ya le resultaba detestable. Pero por las noches...

DANIEL SADA

Casi nunca

Premio Heralde de Novela



ANAGRAMA

Narrativas hispánicas

Demetrio Sordo es un agrónomo que pasa sus días en la grisura de su empleo como administrador y técnico agrícola en un rancho de Oaxaca, en 1945. Un día, aburrido, decide que el sexo dará sentido a su vida y va al primer burdel que encuentra. Ahí termina muy allegado a una morena, Mireya, con quien se entiende a la perfección. Poco después, la madre de Demetrio, Telma, le pide que viaje hasta Coahuila, donde ella vive, para asistir a una boda en la población de Sacramento, hogar de su prima Zulema. La idea obvia es que el joven se entienda con alguna señorita ilustre de la comunidad para que haya boda. Y así sucede: Demetrio queda prendado de Renata y casi de inmediato comienza su compromiso.

Se establece así el principal conflicto de la novela: Demetrio quiere mantener ambas relaciones hasta que sea inevitable romper con Mireya. Pero ésta ya ha pensado en que sea el agrónomo su salvador, quien la ayude a salir del burdel y se case con ella para fundar juntos una familia. Cuando él regresa a Oaxaca, ella busca quedar embarazada y termina por huir del burdel pensando que su galán la acogerá. Éste sólo acierta a trazar un plan de huida. Retira todo su dinero del banco, los ahorros de tres años para comprar una casa, y se sube con la chica en un tren con destino a la frontera, pero no llegan juntos: él se baja primero y huye. Aparece en Sacramento, y su tía Zulema le recomienda que vaya a buscar a un viejo amigo que le dará trabajo. Así consigue Demetrio una posición estable y ahorrar cierto dinero.

Continúa su compromiso con Renata, pero muy pronto queda harto de los tres ranchos alejados que tiene que supervisar y que no le aportan sino soledad y, sobre todo ahora que se ha deshecho de Mireya pero no se ha casado con Renata y no hay burdeles en la proximidad, nada de sexo. Deja entonces el lugar, se va a casa de la madre, en Parras, y juntos abren unos billares de gran éxito. Un día está a punto de perder a Renata porque ya no puede más y le besa lascivamente la mano. La determinación de Demetrio empieza a flaquear ante las inacabables dificultades para consumar la unión con su amada.

Este procedimiento anecdótico que oscila entre la perversión y la santidad, da cuenta del edificio verbal que ha construido Daniel Sada: narrador obsesionado por encontrar una voz propia, y lejano, por supuesto, de la mera gimnasia experimental. Además de una trama divertida, que no decrece en su nivel de intriga, Sada logra que la atención del lector recaiga en la materia de su tejido, en las complicadas (aunque nada incomprensibles) vueltas del lenguaje, como si éste tuviera a su vez su propia historia que contar, paralela a la de los hechos y elaborada con tesituras, tonos, cimas y valles. A la par de la historia, el decurso fraseológico revela una tercera novela, la que de verdad importa, que sólo se intuye en un principio pero que suma al final: es la creación de una realidad vasta, edificada como una conjunción fascinante de actos y palabras. *Casi nunca* es la última y espléndida novela de un gran autor mexicano, tan valorado por escritores como Álvaro Mutis, Carlos Fuentes y Juan Villoro, entre otros, hasta llegar a Roberto Bolaño: «De mi generación admiro a Daniel Sada, cuyo proyecto de escritura me parece el más arriesgado.»